



Ramón de Mesonero Romanos

El pretendiente

TRATANDO de delinear los tipos más generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podríamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas a primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, el pretendiente nos presenta su atareada figura, el pretendiente nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los áureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado más o menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el expresivo título de la empleo-manía; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambición o la miseria por causas; la agitación, la intriga y desvelo por efectos consiguientes. El término del mal también varía según los individuos o según las circunstancias; los hay que se darían por sanos y salvos con la posesión de una estafeta de correos o un estanquillo de tabacos; los hay que aspiran a ornar su persona con un capisayo de obispo o un uniforme

ministerial; hasta los hemos visto que, en más elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse a la pelea y conmovieron al país a trueque de conquistar una corona. Todos son pretendientes; todos están atacados del tifus de la ambición.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por más análogos; y estos medios, este sistema, varían también frecuentemente según los caracteres peculiares de cada siglo, de cada civilización, de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad: la antigüedad en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca más que ahora tiene su significación genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.

Tanto más difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que a cada paso se viste como el camaleón de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar a la observación más constante, al más atinado pincel, a la pluma más bien cortada.

Válgannos para el desempeño más o menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos velocíferos del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo a la aguada; y si esto no basta, préstenos el daguerrotipo su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar a nuestra vista, y que si le empezamos a dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operación.

Para ofrecer algún ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo o introito como acostumbramos los modernos dramaturgos, en el cual, alargando nuestra vista retrospectiva a unos diez o doce años atrás, podremos observar cuál era entonces el pretendiente cortesano y cuáles las condiciones a que había de sujetarse en aquella clásica sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea más que por la circunstancia de trasladarse en imaginación a una edad más juvenil; que también en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez o doce navidades de progreso más.

1823 a 1833.

No bien en aquellos pretendidos años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristán del pueblo y el maestro de escuela habían declarado solemnemente que el muchacho prometía mucho, como que sabía de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba a propósito el Quousque tandem CATILINA? a todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario o el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su protección y amparo; inoculábanle los más recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle a

la corte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podía el muchacho entregarse a su sabor a mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestía ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegación de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor. -«No hay hombre sin hombre» -repetíase a sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia a extenderse en cálculos sobre cuál sería el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próspera fortuna le había de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponía su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ajeno y lo crítico de la edad propia influían alternativamente en la imaginación del mancebo, y allá en lo más íntimo de su corazón, repitiendo fervientemente el axioma del «hombre con hombre» se ponía a pedir a Dios y los santos que aquel hombre fuese si era posible... una mujer.

Llegado a Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardián de San Francisco, o al mayordomo de S. E. el regalito del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario o al pariente mercader, entregábase nuestro neófito a las primeras pruebas de su curso social, de este curso que el vulgo maligno se placía en designar con el título expresivo de gramática parda; que los rígidos censores apellidaban falsa mónica, y que daba en fin al que sabía aprovecharlo el apreciado título de mozo de provecho.

Un mozo de provecho era por entonces un diligente mancebo, que hacía buena letra y ayudaba a misa todos los días; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres o cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, o en los rosarios el farol; si servía al abogado o al fiscal, limpiaba las ropas, y ponía los alegatos y respuestas, iba a comprar a la plaza, y agenciaba aguinaldos, por pascuas, ferias, y dulces en cualquier ocasión. Si era al mayordomo de su excelencia, extendía los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refacción de las once y bajaba al portal a ver pasar el carbón; si era en fin ahijado del mercader, barría al amanecer la tienda, comía en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, o enganchaba a las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste había de correr la suerte del tal mocito, para que a vuelta de algunos años de sublime abnegación no acertase a meter la cabeza de meritorio en alguna oficina, por recomendación del padre guardián; o a ascender a paje del consejero u oficial de la escribanía de cámara; o a entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; o a aspirar a la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el hombre de nuestro hombre era mujer; cuando su ingenio despejado o su próspera fortuna le hacían interesar en ésta a la más bella mitad del género humano, entonces el avance en la carrera era por lo regular más rápido; entonces volaba por los espacios de la dicha, sostenido e impulsado por las alas del amor. Verdad es que el tierno rapazuelo solía aparecésele bajo la fementida estampa de una dueña

quintañona, moza de retrete de palacio o viuda de un covachuelo; de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre guardián; o de la más contrahecha y antipática de las hijas del mercader. Pero... ¿quién dijo miedo? la ocasión la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados; y nuestro pretendiente de entonces rendía el más humilde tributo a la diosa de la ocasión.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguía la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, a vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin a calzarse una administración de rentas o una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba a enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara... en las manos, y enviarle de alcalde mayor a Móstoles o a Griñón. -Pero esta variante del pretendiente a varas merece por sí solo un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos más característicos de la época en cuestión.

Figúrense pues (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entonces la capacidad y las togas no se concebían sino a los que acertaban a casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de León, se hallaba en la necesidad de venir a la corte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveído en un juzgado superior. -Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalón de los consejos, o las galerías bajas de palacio, espionando el instante de que suene el coche del presidente de Castilla o del ministro de gracia y justicia para colocarse al pie del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transición en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un capitán de guerra, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzón y casaca negros, su blanca corbata, su caña con puño de oro y su tricornio horizontal, daban muestras de hallarse pocos días antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, a la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad a la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las más graciosas y dignas de observación.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecía, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compunción del ex; calculaba sus movimientos; medía sus palabras por las palabras y movimientos del presidente o del ministro (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran de veras, y su presencia hacía temblar las rodillas y balbucear la voz del más aguerrido pretendiente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábese a comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenía una benévola sonrisa o un dudoso veremos del magistrado, deshacía a cortesías que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizábanse sus miembros y caían inadvertidamente de sus manos sombrero y bastón. -Esta escena repetida diariamente durante tres o cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de

la Cámara, una línea en la Guía de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Ávila o en Alcaraz.

Pero el proto-tipo de la época en cuestión, y la vera efigies del pretendiente veterano, era D. Verecundo Corbeta y Luenga vista, cuya animada historia ocupó ya el clarín de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó a reunir en su privilegiada persona la esbeltez e impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con más favor que su perseverancia, su ingenio y su físico a prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó a obligar a sus ojos a velar día y noche, y a ver de lejos al ministro o a su amigo, o al amigo de su amigo, o al pariente de su pariente; nadie como él acertó a escuchar los pensamientos del poderoso, a calcular sus próximos deseos, a leer en sus ojos las más remotas esperanzas; nadie en fin llegó a olfatear de más lejos las próximas elevaciones, las remotas caídas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, o que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendía a todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral. Escribía 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenía la precaución de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecíale a veces entablar simultáneamente dos solicitudes a una plaza de correo de gabinete o una reposada canongía, a una dirección de rentas o a una portería militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocían y mostraban el semblante risueño, y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era sólo para darle un empujón. Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veía de jefe de fila de toda audiencia, de fila marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un día furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí a pie firme y en la mano el memorial. Verdad es que aquel día precisamente era el día 29 de setiembre de 1834, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 a 1843

Un pretendiente como los que quedan delineados sería un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto a la punta de la espada o a la boca de un fusil; y para hablar con más propiedad, con los tiros de la elocuencia o los cañones de la pluma, a la luz del día y entre los agitados gritos de la plaza pública, o en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiración. ¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!... papeles mojados, viejos, de figurón, resortes mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y

juramentos y apostasías y oratoria de levaduras y masas dispuestas a fermentar.

Además ¿a quién pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empleílo de escala, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince o veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tisis para el otro, o calcular en fin sobre la futura boda con una hija recién nacida del jefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años a colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse a la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales más.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógrados abuelos. -Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte ad hominem y ad mulierem; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla a todas horas y sobre todas materias, sin la más mínima aprensión; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas contra la sociedad. -No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande, su misión sobre la tierra ser ministro, los medios para llevarlo a cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la corte, que para él no es más que un teatro donde hace su primera salida. Pónese a contemplar los hombres a quienes se digna conferir mentalmente los demás papeles; mira colocarse a su frente a los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza a representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redacción de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el tráfago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera (inteligencia mecánica del redactor subalterno de noticias varias), o envuelto humildemente entre las flores del folletín. De allí a unos días, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita o una espontánea inspiración, salta los últimos términos del periódico, abrázase a sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza a lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasión. -Sus colaboradores se admiran y extasían de aquel exabrupto; el público aplaude la demasía, los funcionarios atacados que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, más tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillárseles y atender a sus bondades, les persigue, les acosa incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreído con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces convicción: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todos aquellos apóstrofes no son dañada intención. -¿Pues qué son entonces?... -¿No lo han adivinado los lectores?... -Súplicas impresas; rebozado memorial.

A los pocos días de los más furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va

haciéndose más dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletín Oficial de una provincia con esta alocución:

HABITANTES DE...

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc., y firmado por el mismo Pretendiente en cuestión. -Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra más atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los más risueños de la época, el tipo de La autoridad.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo a veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo o de jefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas o comanditarias. Por cuanto a la sazón la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional de esta corte, como dicen los ciegos papeleros. ¡Qué mejor ocasión! Hínchase con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir a darse en espectáculo a los heroicos vecinos de Madrid; admiran y encomian su improvisado talento los mismo que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido común; dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasión para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan a la multitud; lanzado a la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinión del país y de la Europa entera, y concita a sus conciudadanos a salvar la patria, a derrocar la tiranía, a vengar la libertad... -Al día siguiente el fogoso tribuno es llamado a sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario a todo buen patricio acudir ganoso a defender el orden y robustecer su poder. -No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas a grande espectáculo; no hay como los gobiernos representativos para estas representación a beneficio de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la corte a desplegar sus facultades. Pretendientes hay también de la legua, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, o influir con sus consejos en la opinión; el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso más lento, pero más seguro: los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma o una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar a una corona cívica o un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso

balancín, y ora trabajan y se agitan de orden superior en favor de una candidatura circular; ora se descuelgan desde su rincón con un comunicado vejigatorio contra la autoridad; ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar a sangre y fuego la recaudación del subsidio industrial; ora en fin marchan al frente de los más ardientes agitadores, reúnen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando ésta manda algunos batallones, y se precian y glorían de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y más prosaicos en sus medios de acción, benefician en provecho propio el saber o la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quién en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo o pariente de algún hombre grande! No hay en la extensión de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente a cada paso en este siglo feliz.

EPÍLOGO. -Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por pretensión pura, puro y explícito memorial. La hipocresía religiosa ha cedido el paso a la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido a la cofradía, al estandarte la bandera, y a la imagen del santo la inveterada efigie de algún santón.

El Pretendiente, este tipo prodigiosamente móvil e impresionable a quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleón, reviste como él todos los matices que le rodean, trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela a la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba, y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su pretensión.

EL CURIOSO PARLANTE.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo